

por el agujero negro de la ventana. Y aquel "boy" de sonrisa singular empuñaba el volante. Y el automóvil se alejó a toda velocidad en cuanto se acomodaron en él con su carga los tres monstruos, los tres espectros horrendos que ahogaban los gritos de la "esposa del Sol" apoyando en su boca sus repugnantes manecitas de momias vivientes...

LIBRO TERCERO

EN el Callao, Raimundo subía melancólicamente por la "calle de Lima" esperando que llegase la hora de ir a recoger a María Teresa. Volvía de la Dársena y pensaba en las desagradables noticias que le habían dado los ingenieros del puerto. Estos señores ingenieros de Caminos y Canales no le habían ocultado que, dada la situación política del país, no le sería fácil emprender cualquier clase de trabajo en las minas de oro abandonadas de Cuzco. Desde hacía dos días se batían al otro extremo del Perú, o hacían como que se batían. En fin, el caso era que gastaban pólvora.

El pretendiente García, a quien creían en Arequipa disponiéndose a celebrar tranquilamente sus triunfos, había conseguido sorprender con gran parte de sus tropas la retaguardia del ejército republicano acampado entre Sicuani y Cuzco. Y hasta corría el rumor de que Cuzco había caído en su poder.

Si la noticia se confirmaba, aún pasaría mu-

cho tiempo antes de que se celebrase la paz entre los beligerantes que se disputarían el Perú palmo a palmo; con lo que el presidente Veintemilla se vería en una situación cada vez más difícil.

Ahora bien: Veintemilla, por intervención del marqués de la Torre y gracias a las negociaciones diplomáticas de la Sociedad francesa de las minas que debía aportar los fondos necesarios, había concedido amablemente a Raimundo Ozoux la licencia indispensable para comenzar los trabajos o por lo menos para ensayar su nuevo sifón. ¿De qué le serviría esta licencia después de la victoria de García?

Activo, tan amante de los negocios como María Teresa, Raimundo se desesperaba al pensar que seguramente tendría que esperar meses y meses, cruzado de brazos, el término de una revolución que estaba aún en sus comienzos. Al llegar a la calle de Lima miró su reloj y vió que aún podía disponer de algunos instantes antes de ir a buscar a María Teresa. No quería molestarla obligándola a interrumpir sus trabajos, y sabía que tampoco a ella le gustaba que la distrajesen. Los dos se amaban con toda el alma, pero "los negocios son los negocios".

Entró, para leer los periódicos, en el "Círculo de los Amigos de las Artes", que era especie de café en el que los parroquianos tenían a su disposición, completamente gratis, las principales publicaciones del nuevo y del antiguo mundo.

En aquel momento la vasta sala de la planta baja estaba llena de socios, que discutían acalor-

radamente acerca de las noticias de última hora. No se hablaba más que de Cuzco. El nombre de la ciudad que un tiempo fuera capital del Perú, descubrir en García algunas buenas cualidades, del Callao que hasta entonces habían sido acérrimos partidarios de Veintemilla, comenzaban a descubrir en García algunas buenas cualidades, cuando en la calle pregonaron un periódico oficial unos chiquillos desgraciados y jadeantes, a los que el público arrebató su mercancía de las manos.

Un socio de "Los Amigos de las Artes" se subió a una mesa con el periódico en la mano, y leyó una proclama del presidente de la República, en la que aconsejaba la calma y desmentía categóricamente la toma de Cuzco por los insurrectos. Además, Veintemilla anunciaba que el general García estaba encerrado en Arequipa con sus tropas, que todos los desfiladeros de la sierra habían sido tomados por los republicanos y que éstos hostilizarían incesantemente al traidor hasta arrojarle al mar u obligarle a huir a los arenales de Chile.

En la nota oficiosa se censuraba la conducta de los indios quichúas y se atribuía a las fiestas del "Interaymi" la importancia excepcional de los motines populares en los barrios extremos. Estas fiestas seguirían su curso normal y los indios volverían a su apatía de siempre.

Entonces era cuando Veintemilla prometía dar el último golpe que desembarazaría para siempre al país de García y sus secuaces. Terminada la lectura, los "Amigos de las Artes" aclamaron con entusiasmo al presidente.

Todos eran amigos de Veintemilla. La proclama les parecía admirable. “¡Es verdaderamente magnífico!—¡Es cosa inaudita!—¡Dios mío, mucho me alegro!” (1).

Raimundo salió del Círculo un poco más tranquilo, aunque sólo atribuyese relativa importancia a las afirmaciones oficiales del periódico de la noche.

Dirigióse rápidamente al almacén situado al otro extremo de la ciudad, porque se había hecho de noche y temía llegar tarde. Penetró en el dedaño de callejones, que con tanta emoción recorriera a su llegada al Perú, callejones que ya entonces conocía sin haberlos visto jamás, hasta tal punto se habían grabado en su memoria las descripciones que de ellos hacía María Teresa en sus cartas a su hermana Juana.

Desde lejos vió luz en la ventana que daba a la “veranda”, y observó que esta ventana estaba abierta lo mismo que el primer día.

—Me espera—se dijo, y su corazón palpitó con mayor violencia. Dió algunos pasos más y adelantó la cabeza. Así había hecho la primera vez, así la había visto inclinada sobre sus libros con cantoneras de cobre tomando notas y alineando números en su cuaderno, en tanto que su voz clara y firme, su voz “decidida”, de buena comerciante que conoce bien su oficio, decía a un interlocutor a quien él no veía: “Como usted quiera, caballero. ¡Pero por ese precio sólo encontrará usted

(1) En castellano en el original.

guano fosfatado que no tendrá más que un cuatro por ciento de ázoe, y para eso!...” ¡Oh, siempre le parecía estar oyendo aquella frase!... ¡no le había hecho sonreír! Al oírlo, aumentó su amor, si cabe: hasta tal punto le gustaba en la mujer, y sobre todo en la muchacha, desde que lograron inspirarle tan cordial aborrecimiento las “cabezas sin seso” que encontraba alrededor de su hermana en salones y balnearios, la formalidad y el sentido práctico y aun comercial. Era un excelente y honrado hijo de familia burguesa, que tal vez no se enamorase de la peruana sino al saber que era capaz de dirigir una casa de comercio. En todo caso aquello le llenó de alegría y venció su timidez. Y entonces fué cuando su hermana Juana recibió sus primeras confidencias.

“Es bonita”—había dicho Juana—. “Tiene un cerebro de hombre”—había respondido el joven.

Y, sin embargo, ¿cómo a pesar de “sus cerebros de hombre” había podido impresionarles en un momento dado, como a dos mujeres, ¡oh!, como a dos mujerucas débiles y medrosas, una historia... una historia...? “Verdaderamente era una historia rara la de “la pulsera del Sol de oro”... ¡Cómo se reiría de todo aquello cuando se casase, cuando al hablar de la Virgen del Sol pudiese decir: “¡mi mujer!”

—¡Buenas noches, María Teresa!

Nadie responde. Raimundo se acerca a la ventana.

—¡Buenas noches, María Teresa!

Pero María Teresa no está allí. Raimundo se

pone de puntillas, se encarama en el alféizar, mira: ¡nadie!... Y ¿qué es esto?; esas mesas caídas, esos libros, esos papeles que cubren el suelo.

—¡María Teresa! ¡María Teresa!

Raimundo salta por la ventana y entra en el despacho. Enloquecido, mira a su alrededor. Grita. ¡No comprende lo que sucede! ¿Qué quiere decir aquel espantoso desorden y qué significa aquel silencio más espantoso todavía? Su voz sonora y trémula al mismo tiempo, llama a los criados. Pero ni uno solo se presenta. ¡Ni un criado! ¡Ni un guarda! ¡Ni un empleado; nadie! ¡Y las puertas están abiertas!

—¡María Teresa! ¡María Teresa!

EN EL QUE TORNA A APARECER EL EXCELENTE
NATIVIDAD

RAIMUNDO sale al patio desierto y luego se precipita nuevamente al despacho. Sólo encuentra en él la certidumbre de su desgracia. Todo prueba que ha habido lucha, violencia, raptó. Los muebles caídos en los rincones, la cortina de la ventana arrancada, un cristal roto. Ya no es un grito el que se escapa de la boca del desesperado joven, es un gemido ronco, son suspiros, sollozos: "¡María Teresa! ¡María Teresa!" ¡La han robado!... ¡Y ya no duda de que son los indios los que se la han llevado como una presa! Los indios de aquel Huáscar, en quien ella tenía una confianza tan grande y que la amaba, no como un hermano, sino como un admirador. ¡Ah! Raimundo había visto los ojos de Huáscar cuando Huáscar miraba a María Teresa. Y un hombre, sobre todo un hombre que ama a María Teresa, no puede equivocarse cuando sorprende una mirada como aquélla. Raimundo, jadeante, se acerca a la ventana.

Interroga la obscuridad, las tinieblas, el silencio. Y vuelve a gritar: "¡María Teresa! ¡María Teresa!"... pero nadie le responde. Y ahora busca un indicio, una pista que le permita volar en socorro de su novia. ¿Cómo se habrán atrevido los miserables a cometer semejante crimen? Ve a la desdichada forcejeando entre los brazos de Huáscar y llamándole a él, a Raimundo, mientras él se paseaba tranquilamente por los muelles de la Dársena o escuchaba las necesidades de los "Amigos de las Artes".

¿Por qué no iría antes a buscarla?... ¡Hubiera sorprendido a Huáscar!... ¡Ah! de aquél era de quien hubiera debido desconfiar, a aquél era a quien hubieran debido vigilar, en vez de dejarse alucinar por aquella ridícula historia de la "pulsera del Sol de oro" y de hacerse repetir, como si hubiesen sido unos chiquillos, todas las estúpidas leyendas de las "esposas del Sol"!

¡Un indio que ama a una blanca! ¡Y que desea vengarse!... ¡Aquello sí que no era un sueño!... Representábase a aquel Huáscar, la primera vez que le había sido dado a él, a Raimundo, penetrar en aquella estancia, y le veía aún en un rincón, orgullosamente embozado en su poncho y levantando la mano con aire amenazador antes de desaparecer, cuando María Teresa le despidió a él y a los suyos. ¡Todas estas ideas bullen, se agitan, se agolpan a su mente presa del delirio!... ¡Ah, poder recogerse, razonar... reflexionar, saber!... De un salto se encuentra nuevamente en la calle, apenas iluminada por un farol colgado de una cuerda

en una plazoleta. Sólo hay allí puertas de almacenes, muros de aspecto sombrío, obscuridad...

¡Ah, al volver la esquina oye voces! Recuerda que allí existe una taberna, el único lugar en que hay un poco de vida en aquel barrio muerto. Corre allí. La puerta está abierta. Entra. Y se precipita sobre un hombre: el portero, Domingo, que se vuelve asustado.

—¿En dónde está tu ama?...

Domingo parece no comprender; responde tímidamente que: "creía que la señorita se había vuelto a Lima con Raimundo, como todas las noches, porque acababa de ver pasar el automóvil".

—¿Qué automóvil?

Domingo se encoge de hombros. ¡No hay tantos automóviles en Lima y en el Callao!

—¿Quién lo guiaba?

—¡El "boy"!

—¿Libertad?

—Sí, señor, Libertad.

—¿Y no te dijo nada al pasar?

—¡Oh, no me vió!

—Y tu ama ¿la viste?

—Llevaba la capota levantada... no tuve tiempo de ver nada. ¡Iba tan de prisa el coche, esta es la verdad! "¡Juro que es la verdad!" (1).

Y Domingo levantó la mano como para poner a Dios por testigo.

Raimundo le preguntó, zarandeándole:

(1) En castellano en el original.

—¿Qué hacías aquí? ¿Por qué no estabas en tu puesto, cerca de tu ama?

—Un “quichúa” me convidó a beber una copita de “pisco”, de legítimo “pisco”.

Raimundo le empujó obligándole a echar a andar delante de él; le sacó a la calle, le hizo entrar en el despacho, en desorden.

—¡Es “horroroso, horroroso”!... (1).

Y Domingo se disponía a tirarse de los pelos, pero Raimundo le cogió de la garganta y trató de adivinar la verdad en aquellos ojos que se salían de las órbitas, prontos a escaparse de entre los párpados como los huesos de la pulpa de las cerezas. ¿Necio o traidor? ¿Imbécil o cómplice?

Raimundo no acabó de ahogarle. Necesitaba aún algunos detalles exactos, que esperaba obtener después de aquella demostración de su fuerza. Los obtuvo inmediatamente; era indudable que el golpe se había llevado a cabo con la complicidad del “boy”, aquel Libertad, un miserable mestizo a quien María Teresa había recogido por lástima y también a causa de su inteligencia, y al que destinó a cuidar el auto. La hora y el día del rapto habían sido bien elegidos: el sábado por la tarde no quedaba nadie en los almacenes.

—¿Cuando tú fuiste a beber con el quichúa, estaba ya aquí el automóvil?—preguntó Raimundo.

—Sí, señor; hacía ya media hora.

—¿Y ya estaba la capota levantada?

(1) En castellano en el original.

—¡No! Libertad esperaba solo en el pescante, como siempre.

Raimundo, abandonando a Domingo, se alejó corriendo hacia la Dársena, por el único camino que podía haber seguido el auto. La circunstancia de que el rapto se hubiese verificado en el automóvil de María Teresa, facilitaba extraordinariamente la persecución de Raimundo. En primer lugar, el auto no podía haber ido muy lejos, a causa de la falta de caminos practicables. En segundo lugar, se podía encontrar su pista inmediatamente.

Corriendo siempre, tropezó bajo un farol con un bulto que salía de un soportal con ciertas precauciones y que se manifestó muy enojado al recibir el empujón. Por el pelo rizado, por la frescura juvenil de aquella carita afeminada, reconoció Raimundo al hombre a quien, el día de su llegada al Callao, viera asomado a una ventana de aquel mismo barrio entre dos jarrones llenos de flores: el amigo de Jenny la obrera, el jefe de policía. Lanzó un grito tal y se arrojó sobre él con tal ímpetu, que el otro retrocedió asustado:

—¿Quién va?

—¡Dispéñeme usted, “señor inspector superior”! Soy Raimundo Ozoux, el prometido de la señorita de la Torre. ¡Unos bandidos acaban de raptarla!

—¿Qué está usted diciendo? ¿Es posible! ¿La señorita María Teresa?...

Rápidamente, en unas cuantas palabras, Raimundo puso al comisario al corriente del drama.

acusando categóricamente a los indios y a Huáscar. Al comisario le contrariaba grandemente esta aventura, que venía a sorprenderle en el momento en que se disponía a ir en busca de la cena de Junny, pero era un hombre bueno y valiente que sabía cumplir con su obligación; se puso en el acto a la disposición de Raimundo, pero le pidió permiso para subir un instante a casa de su amigueta a fin de enterarla de aquel desagradable contratiempo.

El ingeniero, desesperado, ni siquiera le respondió y siguió andando hacia el puerto, interrogando a todos los tenderos que encontraba a las puertas de sus comercios, sin descuidar el menor detalle que pudiera ponerle sobre la pista del automóvil.

Raimundo estaba persuadido de que ya no volvería a ver al comisario, pero se engañaba, porque sintió que corrían tras él y reconoció al policía.

—¿Ya no me esperaba usted? ¡Pues aquí estoy! ¡Todo el mundo puede contar siempre con “Natividad”!

Se llamaba Pérez; pero por su linda cabecita de Niño Jesús le habían puesto en el Callao el sobrenombre de “Natividad”. Y él era el primero en reirse de tal mote, pues desempeñaba su difícil cargo con un buen humor poco común. Sin embargo, Natividad tenía su pesadilla: los indios. Aborrecía a los quichúas, a los que consideraba hipócritas, haraganes, viciosos y capaces de cometer las mayores infamias a poco que les incitase a ello un hombre inteligente. El golpe que acababan de dar no le sorprendía.

Un poco antes de llegar al puerto, en el momento en que los dos hombres desembocaban en la calle de San Lorenzo, Natividad detuvo a Raimundo y le empujó contra la pared. Y para disipar las lúgubres tinieblas de la angosta calle, no había más luz que la que se filtraba por los cristales de una puerta baja, a pocos pasos de distancia. Ahora bien; aquella puerta baja acababa de abrirse y por ella había aparecido una cabeza que miraba hacia la calle con precaución. Raimundo estuvo a punto de lanzar un grito de alegría. ¡Acababa de reconocer a Huáscar!

El indio silbó, e inmediatamente dos bultos surgieron del extremo opuesto de la calle como si se destacasen de las paredes. Los recién llegados iban cubiertos con amplios sombreros indios. Se acercaron a Huáscar, que a la sazón había salido a la calle, después de cerrar la puerta tras sí.

Los tres individuos cambiaron rápidamente algunas palabras en voz baja, en indio “aimara”; luego los dos bultos bajaron hacia el puerto, Huáscar entró en la casa de la vidriera iluminada y la calle volvió a quedar sumida en un profundo silencio.

Durante todo este tiempo, Natividad no cesó de estrechar la mano de Raimundo, imponiéndole de esta suerte la inmovilidad. El joven temblaba de impaciencia.

—¿Qué es? ¿Qué sucede? ¿Ha entendido usted lo que han dicho? ¿Estará María Teresa encerrada allí, con ese miserable?

Natividad no respondió, pero se deslizó tras la

puerta y, exponiéndose a ser descubierto, miró por los cristales. Raimundo se acercó. Desde donde estaban podían ver distintamente una sala llena de indios, los cuales estaban sentados alrededor de unos mesas, sin beber ni fumar, y guardaban un silencio extraño y terrible. Huáscar se paseaba de un lado para otro, recorriendo toda la estancia, absorto, al parecer, en los más sombríos pensamientos. De repente desapareció por una puerta que daba a una escalera que debía poner en comunicación el piso bajo con el principal. Natividad no necesitaba ver más. Tal vez temiese ser descubierto. Se llevó a Raimundo hacia un soportal.

—No sé—dijo—, ni puedo comprender lo que hacen esos indios aquí, en plenas fiestas del “Interaymi”. ¿Qué significa esta reunión? La mayor parte de los quichúas del Callao se han marchado a la sierra, y no volverán lo menos hasta pasados diez días. En todo caso, no es razonable pensar que Huáscar pueda ser el autor del rapto. ¡El que quiere raptar a una noble peruana, no necesita confiar su secreto a todos los indios del Perú, que en seguida vendrían a venderle por unos cuantos “centavos”!

—¡Esperemos!—dijo Raimundo—. Seguramente encontraremos el automóvil, pero vacío. En mi opinión, Huáscar está enterado del rapto de María Teresa, si no es el autor de él. ¡No le perdamos de vista!

—No tendremos que esperar mucho tiempo—contestó el comisario escuchando un ruido que se

oía al final de la calle—. Ahí están los indios, que vuelven con las caballerías y no sé... ¡Ah! pero... a propósito del “Interaymi”, ¿será?... ¿será?... ¡Oh, oh!... ¡silencio!...

A la sazón resonaban contra los puntiagudos guijos de la calle los cascos de los caballos que se acercaban rápidamente. El comisario y Raimundo tuvieron que retroceder más aún, y ocultándose en una callejuela que cortaba en ángulo recto la calle de San Lorenzo, y desde la cual podían ver todo lo que pasaba junto a la puerta baja detrás de la cual estaban reunidos todos los indios de Huáscar. Al ruido que hicieron las monturas se abrió aquella puerta, y aparecieron todos los indios, de pie en la sala y esperando, al parecer, a alguien, porque todos volvían la cabeza hacia la puerta.

Primero apareció Huáscar, después un indio, a quien Raimundo reconoció inmediatamente por haberle oído salmodiar la terrible historia de Atahualpa junto a la piedra del mártir, en Cajamarca, y por último se presentó un joven vestido a la europea, con un correcto terno de casa de Zárate: Oviedo Huayna Runtu en persona. Ahora bien: ¡cosa increíble! todos aquellos indios que ni siquiera habían pestañeado al ver a Huáscar y al sacerdote de Cajamarca, se arrodillaron ante Huayna Runtu, ante el empleado del Banco franco-belga, e inclinaron las frentes, extendiendo las manos hacia adelante en señal del más profundo respeto. En aquel momento llegaban a la puerta baja todos los caballos y mulas. Entonces

salieron a la calle algunos criados con faroles. El empleado del Banco franco-belga fué el primero en montar a caballo, ayudado por Huáscar, que le tenía humildemente el estribo.

Luego Huáscar montó a su vez y por último saltó a la silla el sacerdote de Cajamarca. Colocáronse ambos a uno y otro lado de Huayna Runtu, algo detrás. Entonces, a una señal de Huáscar que había vuelto la cabeza, sucedió una cosa singular que, en opinión de Natividad, proyectaba una luz siniestra sobre la situación. Al montar a caballo, los indios del séquito volvieron del revés sus ponchos, y a la claridad de los faroles y de las antorchas mostraron unos ponchos rojos”.

—¡ Los ponchos rojos! ¡ Los ponchos rojos!— murmuró Natividad con voz ahogada oprimiendo el brazo de Raimundo.

Oyóse una especie de silbido al final de la calle, al que respondió otro silbido lejano que resonó al otro extremo del muelle de la Dársena... y la comitiva se alejó.

Raimundo quiso seguirla, pero el comisario le detuvo.

—¡ Escuche usted! ¡ Escuche!; es preciso saber hacia dónde se dirigen.

SOBRE LA PISTA DE LOS PONCHOS ROJOS

Y escuchó. Cuando se irguió ya sabía a qué atenerse...

—¡ Van por el camino de Chorrillos! ¡ O mucho me engaño, o se proponen reunirse con el automóvil!...

—¡ Un caballo... un caballo!...—gemía Raimundo—¡ No podemos quedarnos aquí!...

—¡ Bah! Sígame usted; tenemos una cosa que vale más que un caballo. ¡ Tenemos el teléfono y el ferrocarril!—dijo Natividad.

Y repitió:

—“¡ Los ponchos rojos! ¡ los ponchos rojos!”

—Pero ¿qué es eso de los “ponchos rojos”?... —exclamó Raimundo—. Rojos o pardos, esos ponchos forman parte de la cuadrilla de Huáscar y le han ayudado en su empresa... ¡ Esto me parece más claro todavía que esta noche tropical!

—Sí, monsieur Ozoux, soy de su opinión—replicó Natividad, corriendo, con la lengua fuera, tras del joven que por indicación suya se dirigía a la estación—. ¡ Tenía usted razón!... “¡ Son

ellos!... ¡Son ellos!" ¡Son ellos los que han raptado a la señorita de la Torre!... "¡los ponchos rojos!"... "los sacerdotes del Sol!"...

Raimundo se detuvo bruscamente. ¡Las últimas palabras de Natividad le habían hecho entrever con espanto la suerte que le estaba reservada a María Teresa! Y en su horrible angustia se le aparecieron las figuras de las dos ancianas, Inés e Irene. ¡Tenían razón! ¡Por qué no las habría creído en lugar de burlarse de ellas!...

—¡Ah! ¡desgraciada!—sollozó.

Y echó a correr como un loco. Mientras corría le gritaba al comisario:

—Hará usted detener a todos esos miserables, ¿eh? ¡Les encerrarán!... ¡les castigarán!... ¡la salvaremos!

—¡Haremos lo que podamos! Son más de treinta, y en este momento no tenemos ni un soldado en el Callao; todos han sido incorporados al ejército enviado contra García, y las tropas están en la sierra.

—¡Pero puede usted telefonar a Lima!

—“¡Y me tomarán otra vez por loco, como hace diez años!”—respondió enigmáticamente Natividad.

—Pero ¿llegaremos a Chorrillos antes que ellos?

—¡Ya lo creo! dentro de diez minutos sale un tren.

—¡Ah, mejor hubiera sido que me hubiera usted procurado un caballo! ¡Deme usted un caballo!—exclamó Raimundo—, ¡que yo les siga! ¡que

yo les alcance! ¡que yo sepa siquiera adónde van! ¡yo solo les perseguiré!

—¡No, no; iré con usted; no me separaré de usted!

Y volviendo a su idea fija, Natividad añadió para sí:

—¡No quisieron creerme hace diez años! ¡Y, claro, volvemos a las mismas, volvemos a las mismas!

Pero Raimundo no le escuchaba. Quería hacer algo inmediatamente y temía perder la pista tomando el tren...

Así se lo dijo al comisario.

—El camino que han tomado—respondió Natividad—sigue la misma dirección que la vía férrea. Yo hablaré con el conductor del tren. Si vemos un automóvil en lo alto de la carretera, hacemos detener el tren. Si vemos a los “ponchos rojos”, los adelantamos y les esperamos a pie firme en Chorrillos, cuyas autoridades estarán prevenidas. No se ha perdido nada, monsieur Ozoux.

Llegaron a la estación. Allí, Natividad tuvo tiempo para telefonar a la Comisaría, mandando a sus subordinados que se pusieran inmediatamente en comunicación con Chorrillos. La policía de Chorrillos debía oponerse, por todos los medios, al paso de un automóvil procedente del Callao.

Raimundo y el comisario hablaban febrilmente con el jefe de estación en el andén, cuando vieron apearse de un tren de Lima y correr hacia ellos al marqués de la Torre, al tío Francisco Gaspar y a Cristobalito.

—¿María Teresa? ¿En dónde está María Teresa?—exclamó el marqués en cuanto vió a Raimundo.

Y corrió hacia él.

—¿Por qué está usted solo? ¿En dónde está mi hija? ¿Qué ha sucedido, Dios mío? ¡Hable usted!

Cristobalito estaba ya abrazado a las piernas de Raimundo, y pedía, llorando, noticias de su hermana. El tío Ozoux parecía más agitado que ninguno y daba vueltas alrededor del grupo moviendo sus largas piernas. Silbó la locomotora. Natividad se precipitó a su vez sobre Raimundo y obligó a todos a subir al tren, que ya se ponía en marcha. Raimundo pudo al fin decir: “Sí, los indios la han robado! ¡Pero sabemos en dónde está: en Chorrillos!”

De esta suerte, en pocas palabras anunciaba la desgracia tratando al mismo tiempo de disminuir su importancia. Sin embargo, tuvo que hablar, que dar explicaciones. El marqués juraba que mataría con sus propias manos a todos los indios quichúas. Cristóbal sollozaba. Pero ¿cómo estaban ellos allí? ¿Por qué habían ido al Callao?

Raimundo supo que, al ir a la iglesia al toque de oraciones, Inés e Irene habían advertido que había sido robada la “pulsera del Sol de oro”, que ellas depositaran a los pies de la Virgen de Santo Domingo. Horrorizadas por el sacrilegio, regresaron al hotel con los más siniestros presentimientos y con el afán de ver a María Teresa para aconsejarla que estuviese en guardia. La primera persona con quien tropezaron fué el marqués.

que no estaba menos alarmado que ellas. Volvía del Círculo, en el que no había puesto los pies desde hacía una semana, pues todo el tiempo de que disponía lo consagraba a enseñar las necrópolis al tío Ozoux. Ahora bien: en el Círculo se había encontrado una carta redactada en los mismos términos que la que les hiciera huir de Cajamarca, y en la que le aconsejaban que velase día y noche por María Teresa mientras durasen las fiestas del “Interaymi”, y sobre todo que no dejase a su hija ir al “Callao el sábado próximo”... Y el sábado próximo era aquél; es decir, el mismo día en que encontraba aquella carta que le esperaba desde su regreso de Cajamarca... Y ya eran cerca de las siete de la noche, y ni María Teresa ni Raimundo habían vuelto del Callao. No había que vacilar. Era preciso correr en su busca.

Las dos ancianas, e Isabelita, habían querido ir también, hasta tal punto que presentían la catástrofe; pero resolvieron dejar en casa a las mujeres y el marqués tomó el primer tren acompañado de Francisco Gaspar y seguido de Cristobalito, a quien ninguna orden, ninguna amenaza pudo obligar a permanecer en Lima.

El relato simultáneo de las tribulaciones de la familia de la Torre en Lima y el del rapto de María Teresa en el Callao, se mezclaba en espantosa confusión a las interjecciones de unos y otros, a las maldiciones del marqués, a los sollozos de Cristobalito y a los desgarradores suspiros de Raimundo.

El joven se había arrancado el cuello y la cor-